

# El día de año viejo

[Poema - Texto completo.]

Pedro Calderón de la Barca

«Año nuevo», ¡qué sandez!,  
hoy pregona el añalejo,  
sin ver que es un año viejo  
que ya a servir otra vez.

Año..., ¡te vas, y me dejas!  
¡Y sois treinta los ingratos!-  
Id con Dios, perdidos ratos,  
que no os seguirán mis quejas.-  
¡Oh tú, de mis moralejas  
lector!, oye lo que digo:  
el tiempo es un mal amigo...,  
pero no riñas con él;  
que manda el Dios de Israel  
perdonar al enemigo.

¡Treinta y uno de Diciembre!...  
¡Suma equivalente a cero  
para aquel que cada Enero  
locas esperanzas siembre!  
Mas para quien no remembre,  
como no remembro yo,  
ni el Enero que pasó,  
ni haber sembrado en tal fecha,  
esa falta de cosecha  
no es una pérdida, no.

Que al alma ya prevenida,  
al alma experimentada,  
no puede importarle nada  
el déficit de la vida.  
Si el amor va de corrida,  
también va la juventud:  
la ilusión y la salud  
se pierden a un tiempo mismo,  
y en el final cataclismo  
sobrenada el ataúd.

Padres, amigos y amadas,

¡cuán aprisa de mí os vais!...  
Mas, por mucho que corráis,  
yo sigo vuestras pisadas.  
Dentro de pocas jornadas  
de fijo os alcanzaré...  
¿A qué, pues, llorar? ¿a qué?-  
¡Llorara si no supiera  
que en esta vital carrera  
ninguno se queda a pie!

¡Oh, cuán triste y funeral  
a mis ojos luciría  
la clara antorcha del día,  
si me volviese inmortal!  
¿En dónde una pena igual  
a pensar en tanto muerto,  
y no ver en el desierto  
de la fatigosa vida  
ni descanso, ni salida,  
ni luz, ni arrimo, ni puerto?

¿Qué hacer, qué crear, qué amar  
en otras generaciones?  
Las perdidas ilusiones,  
¿en quién ni en dónde encontrar?  
¿Cómo volver a probar  
la juvenil embriaguez,  
cuando no haya más que hez  
en la copa, un tiempo llena,  
de una vida... sólo buena  
para vivida una vez?-

¡Misericordioso Dios!  
Nos cupo una suerte amarga...;  
pero ni fija, ni larga,  
en que, velados los dos,  
corre el bien del mal en pos,  
la flor tapa los abrojos,  
la fe endulza los enojos,  
la duda engaña al deseo...,  
y morimos, como reo  
a quien le vendan los ojos.

¡Pena cruel! ¡Suerte horrenda  
fuera desandar lo andado,  
después de haber apartado  
de nuestros ojos la venda!  
Los abismos de la senda

viéramos ya por doquier;  
tras el amor... la mujer;  
detrás del amigo... el hombre;  
cada cosa tras su nombre,  
¡y el tedio tras el placer!

¡No viéramos (como veo,  
al través de treinta años  
de felices desengaños)  
purificarse el deseo  
de todo vil devaneo;  
fundirse el torpe metal  
del ídolo terrenal;  
descorrerse el infinito...,  
y a Dios mirar de hito en hito  
el espíritu inmortal!-

¡Adelante y no temer!-  
¡Quédense en buen hora atrás  
apariencias que jamás  
debimos apetecer!  
¡Adelante..., y no caer  
en tanto que estemos vivos!-  
Que, pues los hados esquivos  
no son, por fortuna, eternos,  
lo primero es mantenernos  
derechos en los estribos.